

La suerte del comercio internacional

El comercio entre las naciones decae visiblemente; los obstáculos se acumulan en su camino. Y su decadencia es uno de los problemas vitales del tiempo presente, porque es capaz de arrastrar todo el progreso económico del mundo y, por consiguiente, el tipo de vida alcanzado por los países civilizados, que se halla íntimamente ligado al desarrollo de las relaciones económicas internacionales. Si la Historia no lo demostrara suficientemente con pruebas de experiencia, la razón lo abona con pruebas de sentido común.

De haber algún país que pudiera vivir sin la ayuda del comercio, sería Norteamérica, y en menor medida Rusia, por su gran extensión, su población numerosa y la variedad de recursos naturales de que disponen. Bien se ve, sin embargo, cuánto sufren en su economía de la restricción en las relaciones comerciales. A la Europa del Oeste, constituida por una escasa extensión superpoblada y dividida políticamente por numerosas fronteras, le es totalmente imposible vivir en el aislamiento; la autarquía es el sueño febril de hombres que desconocen las realidades económicas.

Tan imposible es a un país vivir autárquicamente, como lo sería a una familia, a menos de reducirse a la condición miserable de los campesinos de hace unos cuantos siglos.

El canal de Suez y el de Panamá, la navegación de vapor, los ferrocarriles y las facilidades de crédito, han hecho más por mejorar la suerte de la Humanidad que la hiladora mecánica y el horno de Bessemer. Es más, ni la hiladora mecánica, ni el horno de Bessemer, ni la mayoría de los adelantos modernos de producir en gran escala, podrían rendir frutos sin las perspectivas de amplios mercados donde poder evacuar su producción. Sin el comercio en su extensión moderna, ni siquiera existirían; ha sido el gran desarrollo manufacturero alcanzado mediante el comercio, lo que ha hecho pensar en introducir procedimientos mecánicos que apenas tendrían sentido para una producción local.

Y es ahora, que los países que han ido a la cabeza en el progreso industrial, han desarrollado al máximo su producción, merced a una época de relativa libertad comercial, cuando surgen los mayores obstáculos al intercambio, por mor de una política económica que, aislando las economías nacionales, está preparando la crisis más formidable con que va a verse enfrentada la Humanidad.

Las naciones que se adelantaron en la revolución industrial se encontraron, de momento, frente a países no industrializados, y podían evacuar en ellos una producción siempre creciente de artículos técnicos y fabriles que ellos les compraban con productos agrícolas y primeras materias. La cosa marchaba bien, y los países industriales pudieron desarrollar su población y al mismo tiempo dejar decaer su agricultura o no desarrollarla en proporción de las exigencias de la población creciente. Esa población se alimentaba en gran parte de los productos agrícolas de los países consumidores de la producción industrial en exceso para sus propias necesidades.

Lo malo ha venido cuando aquellas naciones se han encontrado con que los países consumidores de sus productos, habiendo procurado desarrollar su producción industrial propia, necesitaban menos de la ajena, y aun se han defendido de ella por medio de dificultades a la entrada de los productos fabriles, como medio de proteger a sus industrias nacientes.

El desarrollo de la electricidad ha creado el oficio de instalador electricista. Pero si todos aprendemos a hacernos nuestras instalaciones domésticas de electricidad, el instalador no tendrá trabajo, y se verá obligado a cambiar de profesión.

Todo esto es natural y explicable, pero la cosa es algo más compleja que esta sencilla imagen, porque muy a menudo las naciones han hecho los mayores esfuerzos, no sólo por industrializarse, sino por bastarse a sí mismas en otros aspectos. Recuérdese la batalla del trigo en Italia para suplir sus importaciones de Norteamérica y de la Argentina; esta batalla y otras muchas semejantes han dado lugar a excedentes de producción en los países trigueros antes proveedores de los deficitarios, y ha forzado a medidas drásticas como las de la Agricultura Act de la administración de Roosevelt para reducir la producción agrícola norteamericana. Del mismo orden han sido las políticas proseguidas por los países de Europa para desarrollar la producción de azúcar, artículo que podían obtener más barato en las Antillas, las cuales se han encontrado en la imposibilidad de evacuar toda su producción.

Pero más que todo esto, que a veces se ha traducido en algo menos real que espectacular, ha influido en el problema de esa aparente superproducción el que, por un hecho inexplicado, la Humanidad en conjunto se encuentre en la inca-

pacidad de consumir lo que es capaz de producir, y no por falta de necesidades que aplacar, pues si fuera por eso, todo quedaría resuelto con reducir las horas de trabajo de todos.

Hay una razón que parece justificar el proceso autárquico: la guerra, para la cual es un peligro el depender, para el aprovisionamiento de artículos esenciales, de países que pueden ser hostiles o quedar incomunicados con sus habituales clientes. Mas la guerra misma es en gran parte, si no en su totalidad, un efecto de los fenómenos que tratamos de explicar.

El comercio es un hecho de cooperación entre las diferentes naciones. Es lo opuesto de la guerra y parece que uno debiera excluir a la otra. Si hay motivos para la cooperación, la guerra es un absurdo. Si existen causas radicales de hostilidad, y los países no pueden desarrollarse simultánea y armónicamente en una pacífica colaboración económica, los esfuerzos para favorecer y fomentar el comercio constituyen un enorme contrasentido.

Existe aquí una paradoja que hace oscilar a la Humanidad entre la cooperación y la hostilidad, incluso por razones económicas; mientras no se resuelva, nos encontraremos abocados a la catástrofe. En esto tienen razón los críticos del mundo capitalista que aseguran su destrucción por sus propias contradicciones.

La contradicción central es ésta: Bajo el régimen capitalista, la producción tiende a desenvolverse extraordinariamente, lo cual no es ciertamente un mal en sí, pues abre a las poblaciones perspectivas de mejoramiento y elevación material, pero inmediatamente se cae en la superproducción y el paro, que frustran todos los bienes ofrecidos por el incremento de capacidad productiva.

A algunos ha hecho creer esto que las necesidades y apetencias humanas estaban saturadas o próximas a la saturación. Esto es absurdo pensarlo, porque la lucha social es precisamente la lucha por realizar apetencias vivas, insatisfechas, que el excedente de capacidad productiva que la superproducción y el paro ponen de manifiesto debe aplacar en la medida posible.

Querer dar satisfacción a tales apetencias por el procedimiento ingenuo de aumentar el salario nominal de los trabajadores, al mismo tiempo que el estímulo al trabajo se emblandece y el rendimiento del trabajador en producto real decrece, es insensato. El mismo obrero que pide un jornal más elevado, no sin razón, pues su tipo de vida es a menudo excesivamente bajo, se opone a que se introduzcan los medios de producir con mayor eficacia, que es lo que permitiría pagarlo,

por temor de que el paro aumente y se eleve la competencia en el mercado del trabajo.

Pero es evidente, de una evidencia casi perogrullesca, que el salario real del trabajador no depende del jornal que cobre sino del producto que rinda, por la razón elemental de que no se puede repartir más de lo que se produce. Si los salarios son elevados y el rendimiento escaso, los precios se elevarán lo suficiente para que cada uno obtenga menos en valor real, de tal modo que la recompensa efectiva total se ajuste a la producción existente. Esto no hay medio de eludirlo, a menos de realizar continuamente el milagro de los panes y de los peces.

Lo que sí sucede es que el ajuste no se hace inmediata y proporcionadamente. El trabajador que ha logrado elevar su salario nominal en mayor proporción que sus demás compañeros de clase, obtiene una mejora en su salario real. A expensas de sus patronos, piensa él, o se le hace creer. No hay tal cosa; a expensas de sus camaradas que no han conseguido elevar su salario, o han obtenido mejoras por debajo del término medio.

El perjuicio de los costes crecientes sólo muy pasajeramente recae sobre los patronos. Puede ocurrir: 1.º, que los precios suban proporcionalmente a la elevación de costes; 2.º, que suban relativamente más; 3.º, que se queden por debajo. En el primer caso, el equilibrio se mantiene, pero evidentemente el aumento de salarios es puramente nominal. En el segundo caso, las empresas establecidas realizan beneficios extraordinarios hasta que nuevas empresas competidoras hagan bajar los precios, o los costes se eleven, reduciendo el beneficio al normal. En el tercer caso, las empresas establecidas sufren un perjuicio, pero pronto aminoran su producción, y la falta de renovación del utillaje y de formación de nuevas unidades productoras reduce el abasto en medida suficiente para restablecer los márgenes normales de utilidad entre costes y precios. Lo que se origina entre tanto es un aumento de paro, con lo cual resulta que el beneficio obtenido por los trabajadores que conservan su ocupación se logra a expensas de la miseria del sector que queda sin trabajo, y que si el mercado de éste fuera libre, conduciría a una baja de los salarios por efecto de la mayor competencia en ese mercado.

Estos son imperativos ineludibles dentro de las condiciones de la empresa privada y la libre iniciativa. Sólo substrayendo a éstas la promoción y la dirección y propiedad de la industria se puede lograr eludir tales imperativos. En este aspecto son lógicos los socialistas queriendo estatificar la producción. Es el único modo de prescindir del

estímulo del beneficio. Pero entonces se cae en males mayores: 1.º, en la ineficacia, que absorbe la mayor parte del lucro que antes obtuvieron los patronos, y hace recaer sobre la colectividad, en impuestos, una parte del coste; 2.º, en la anti-economía, por carencia de la acción rectora del mercado y del régimen de precios libres, que son los que orientan la producción y el consumo en el sentido del máximo de satisfacción colectiva.

Lo que resulta de la táctica de cobrar más y producir menos es el encarecimiento progresivo de la vida, con lo cual el aumento nominal de las retribuciones se hace ilusorio. Esa elevación de los índices monetarios no significa otra cosa que el deterioro del valor de las monedas. Pero como el proceso no se verifica paralela y uniformemente en todos los países, porque sus políticas monetarias y sociales son diferentes, las desvalorizaciones de las monedas se verifican en grado diverso, de donde derivan diferencias de paridades monetarias.

Y cuando esto sucede, en medida en que no ha sucedido nunca, es cuando se ha ideado un sistema de cambios que en la práctica está resultando mucho más rígido que el patrón oro, pero sin los movimientos de oro propios de ese sistema, sistema que ya se quebró precisamente porque el régimen de precios y de costes se ha hecho mucho más rígido que lo fué en las épocas de liberalismo

económico que precedió a las guerras mundiales.

Y es más rígido precisamente—¡oh paradoja!— por lo mismo que impondría su mayor flexibilidad. El pacto de Bretton Woods prevé la variabilidad de los tipos de cambio, aunque con una serie de formalidades contrarias a la urgencia con que se plantea en la práctica su adaptación a las circunstancias. Pero la misma dificultad de calcular tipos de cambio que tengan, en las movibles circunstancias actuales, algún viso de viabilidad, hace que persistan de hecho cambios que se fijaron arbitrariamente en circunstancias que han variado totalmente desde entonces. Unase a ello lo que pesan esas razones extraeconómicas de prestigio, y se comprenderá por qué se sostienen, contra todo sentido común, relaciones de cambio intermonetario que no se acomodan a las exigencias de una buena regulación de los balances comerciales.

Ocurre pues que el equilibrio de esos balances, que no puede obtenerse por el efecto natural de un cambio adecuado, y la defensa del mercado, que no resulta de una adaptación constante del cambio a las condiciones variables múltiples que influyen en el intercambio, se han de obtener por medidas de retorsión comercial, que son las que están asfixiando al comercio.